

## QUIPNAYRA UÑTASIS SARNAQAPXAÑANI

Si en varias de sus muestras personales más recientes -*Vivir* (2019), *El fuego de los niños* (2021) y *Escuchar con las manos* (2024), por ejemplo- Nereida Apaza Mamani (Arequipa, 1979) había conseguido que evocáramos nuestras vivencias en el aula escolar, incorporando carpetas y pizarrones vetustos así como mapas y cuadernos de tela sobre los cuales su escritura poética bordada resonaba como una voz preceptora, en esta ocasión, la artista comparte con nosotros su muy peculiar percepción de la ciudad en la que nació y vive hasta hoy.

**Quipnayra uñtasis sarnaqapxañani** -o “Caminar con el futuro **detrás** y el pasado **adelante**”- la nueva exposición individual de Nereida Apaza, propone un recorrido sintético por Arequipa que, semejando el viaje de estudio de un naturalista decimonónico, se basa en apuntes de la flora, la geografía y el paisaje urbano así como de una cartografía poética, la cual, antes que orientar su periplo, le sirvió para identificar, en sus propias palabras, “el crecimiento demográfico, la expansión urbana, la devastación de las zonas agrícolas y la escasez del agua, etc.”.

Para confinar su visión de la Ciudad Blanca en un solo recinto -como este de la sala Paz Soldán- la artista se ha servido, básicamente, de la instalación, ya sea “pictórica” -*Herida colonial* (2025)-, “textil” -*Mujer andina* (2025)- y aquella que se caracteriza por constituir una estantería para “cuadernos de artista” siempre listos para ser hojeados por el espectador, -titulado esta vez, *Vi también otro pueblo que no he visto jamás* (2025), según un texto de César Calvo-, la cual resulta capital en sus presentaciones individuales-. También integran el conjunto algunos polípticos -de acuarela sobre cartulina- como *Cartografías* (2013) y el video -“documental experimental”- *Abrevar* (2025), en el cual la muestra cifra su indudable anclaje con el presente.

Para este paseo conciso -o “micro recorrido”- por Arequipa resulta crucial el mural sobre papel titulado *Herida colonial*, que reproduce pictóricamente -a la acuarela- uno de los muros de sillar con argamasa de cemento que caracterizan sus edificaciones más modernas y/o periféricas. Trasluce sobre todo una crítica a la tradición de la acuarela paisajista que es casi una seña de identidad de la Ciudad Blanca, la cual parece ajena a la progresiva desaparición de la campiña que con tanto celo -y casi maquinalmente- reproduce sobre el papel de algodón.

Es particularmente en el video *Abrevar*, el cual registra la tensión de un vecindario de Socabaya en torno al camión cisterna que les lleva el agua potable después de varios días sin este recurso vital, donde queda claro que la pintura tradicional -o el arte en general- puede distanciarse de la realidad tanto como las fotografías que ilustraban las postales turísticas de hace medio siglo -varias de

las cuales Nereida ha incluido también a la muestra bajo el título *Manifiesto-*, y en las cuales, petrificados para la eternidad, sólo figuran la arquitectura religiosa colonial de sillar y el Misti.

Como podemos deducir, con esta exposición Nereida Apaza subraya su vivencia como mujer arequipeña e hija de migrantes de Puno; de allí la elección del aforismo aymara que la titula. Encontramos aquí también los grandes temas sobre los que se vertebra su trabajo: la memoria de la infancia, el peso de la educación, el estigma de la migración y la soterrada violencia subyacente en una ciudad -y en un país- que todavía no puede desprenderse de miserias tales como el racismo y la discriminación.

Manuel Munive Maco

8 de abril de 2025